El tiempo de la historia y el problema de la periodización

Carmen Castañeda

RESUMEN

Con base en la consideración de que el tiempo es a la vez una categoría filosófica y una medida cronográfica, se discute la importancia de la periodización historiográfica en el trabajo del historiador. Para ello se señalan ejemplos de la historiografía del mundo occidental y de México, y se concluye que la periodización debe ser utilizada como una hipótesis de trabajo, no como hecho dado.

Hace poco, en una reunión académica, dos historiadores se enfrascaron en una discusión: uno afirmaba que toda periodización es arbitraria y otro defendía los tradicionales periodos del porfiriato (1877-1910) y de la Revolución mexicana (1911-1917) como inalterables. En este ensayo quiero hablar precisamente de este problema, de las soluciones que recibe, de los principios en que puede basarse. Recordemos que la periodización no es un hecho, pero sí una hipótesis necesaria o un instrumento del pensamiento, válido en la medida en que ilustra y depende, por su validez, de la interpretación. Para acercarnos a la controversia que despierta me he referido primero al tiempo de la historia, a la cronología que permite el conocimiento de la medida del tiempo y a las categorías que han considerado los historiadores. No olvidemos que la "periodización es algo que le incumbe directamente" al historiador.[1]

[1] Luis González, *El oficio de historiar*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1988, p. 51.

El tiempo

En el tiempo se desarrolla la vida del hombre, transcurren los acontecimientos y los modos de pensamiento, cuyo conjunto constituye la historia del mundo. El hombre escribe la historia a través del tiempo. Se comprende entonces la necesidad urgente que ha tenido éste, desde su aparición en la Tierra, de medir el fenómeno llamado tiempo, al cual le ha sido acordado una cadencia fija e inalterable que le permite medir todo cambio. Desde que el tiempo ha podido ser medido, cada acción, cada actitud, cada pensamiento del hombre, es establecido en un punto preciso de esta dimensión de la realidad, del mismo modo que un punto en el espacio.[2]

La cronología

La cronología es la disciplina que permite el conocimiento de la medida del tiempo. Hay que distinguir entre la cronología matemática o astronómica y la técnica. La primera impone a la vida cuatro unidades fundamentales: el día, la semana, el mes y el año. La segunda es objeto de las preocupaciones de los historiadores y permite colocar los hechos en el desarrollo de la historia de la humanidad, en ese "engañoso e inquietante concatenarse de los acontecimientos".[3]

Tanto para Marc Bloch como para Lucien Febvre,[4] la historia es la ciencia de los hombres, más precisamente de los hombres en el tiempo. Al hablar del tiempo de la historia, Bloch decía que a ningún historiador le bastaba comprobar que César necesitó ocho años para conquistar la Galia, ni que Lutero en quince años se transformó del novicio ortodoxo de Erfurt en el reformador de Wittemberg. Le interesa mucho más señalar "el lugar exacto que ocupa la conquista de la Galia en la cronología de las vicisitudes de las sociedades europeas" o fijar correctamente el periodo en el que se desarrollaron las actividades de Lutero.[5]

[2] Charles Samaran (dir.), *L'histoire et ses méthodes*, París, 1961.
[3] Jacques Le Goff, *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, Barcelona, Paidós, 1991, p. 11.
[4] Lucien Febvre, *Combates por la historia*, Barcelona, Ariel, 1970, p. 55.
[5] Marc Bloch, *Introducción a la historia*, 5a. ed., México, FCE, 1967, p. 26 (Breviarios, 64).

EL TIEMPO DE LA HISTORIA

Actualmente, los historiadores no conciben el tiempo como "uniforme y rectilíneo". La historia tiene su propio tiempo o los tiempos de los procesos estudiados. Los historiadores distinguen tres categorías: los tiempos cortos, asociados al concepto del acontecer; los largos al concepto de estructura, y el tiempo cíclico al de coyuntura.

Nadie mejor que Fernand Braudel para hablarnos del tiempo de la historia. El afirmó que los historiadores estábamos en posibilidad de ofrecer a los científicos sociales "una noción cada vez más precisa de la multiplicidad del tiempo y del valor excepcional del tiempo largo".[6] Braudel dividió "el tiempo histórico en tiempo geográfico, tiempo social y tiempo individual",[7] y señaló que todo trabajo histórico descompone el tiempo pasado y escoge entre sus realidades cronológicas según preferencias y exclusiones más o menos conscientes. Planteó la historia de la larga duración por encima de la historia tradicional que estuvo atenta al tiempo corto, breve, al individuo y al acontecimiento y que nos acostumbró "a su relato precipitado, dramático, de corto aliento",[8] y por encima también de la historia económica y social que se dejó llevar por los ciclos y la narración de las coyunturas. Braudel prefería encerrar el acontecimiento en la corta duración: "El acontecimiento es explosivo", pero puede "cargarse de una serie de significaciones y de relaciones",[9] dar testimonio de movimientos muy profundos y unirse, libremente o no, a toda una cadena de sucesos, de realidades subyacentes.

El reto que hemos tenido los historiadores es, como lo indicó Braudel, unir la historia del acontecimiento con la de los ciclos y para esto sugiere recurrir al concepto de estructura, que es una realidad que el tiempo tarda en desgastar y transportar. También se trataría de descubrir la larga duración en el terreno de la historia económica que ha evocado los rasgos fundamentales, para la Europa occidental, del capitalismo comercial, etapa de larga duración. Braudel, a partir de este ejemplo, que estudió por mucho tiempo,[10] pudo llegar a afirmar que la larga duración se presenta como un personaje embarazoso, complejo, con frecuencia inédito. Para el historiador, "aceptarla

[6] Fernand Braudel, *La historia y las ciencias sociales*, 2a. ed., Madrid, Alianza Editorial, 1970, p. 63.
[7] Peter Burke, *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales: 1929-1989*, Barcelona, Gedisa, 1993, p. 46.
[8] *Ibid.*, p. 64.
[9] *Ibid.*, p. 65.
[10] Fernand Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*, Madrid, Alianza Editorial, 1984, 3 vols.

equivale a prestarse a un cambio de estilo, de actitud, a una inversión de pensamiento, a una nueva concepción de lo social".[11] Braudel no quiso romper definitivamente con el tiempo corto ni postular únicamente la larga duración, ya que entendía la historia como "la suma de todas las historias posibles: una colección de oficios y de puntos de vista, de ayer, de hoy y de mañana".[12]

El antropólogo Marshall Sahlins, especialista en Hawai y Fidji e interesado por el pensamiento moderno francés, en sus estudios de encuentros entre culturas en el Pacífico ha examinado la relación entre los acontecimientos y la cultura en que suceden y ha podido ir más allá de la yuxtaposición de Braudel entre acontecimiento y estructuras. Según Peter Burke, Sahlins "ha resuelto o disuelto virtualmente la oposición binaria entre estas dos categorías".[13]

EL PROBLEMA DE LA PERIODIZACIÓN

Los historiadores coinciden en señalar que, en el campo de la historia, una de las cuestiones metodológicas de mayor importancia es el de la periodización. No es meramente un problema exterior de arreglo y disposición por conveniencia, sino un problema básico, capaz de recibir las más diversas soluciones.

Edward H. Carr, al discutir si la historia es ciencia y si existen leyes o hipótesis en la historia, cita a Werner Sombart:

> Cuando perdemos las fórmulas confortables que hasta hoy han sido nuestras guías entre las complejidades de la existencia [...] nos sentimos como sumergidos en un océano de datos, hasta que encontramos un nuevo asidero o aprendemos a nadar.[14]

La controversia acerca de la periodización en la historia cae en esa categoría. La división de la historia en periodos no es un hecho, pero sí una hipótesis necesaria o un instrumento del pensamiento, válido en la medida en que ilustra y depende, por su validez, de la interpretación.

[11] Braudel, *La historia ...*, p. 74.
[12] *Ibid.*, p. 75.
[13] Peter Burke (edit.), *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza Universidad, 1993, p. 304.
[14] Edward Hallet Carr, *¿What's history?*, Londres, MacMillan and Co. LTD, Nueva York, St. Martin'Press, 1961, pp. 54, 55.

Todas las periodizaciones y delimitaciones son sólo condicionales y por ello completamente voluntarias. La historia misma no hace ningún corte, es un continuo sucesivo, "es como un río", en palabras de Luis González. Igualmente, para Daniel Cosío Villegas la idea de dividir la historia era absurda porque ésta es un curso constante.[15] Pero, por mucho que el devenir histórico pueda resistirse a que se le descomponga en secciones obtenidas más o menos arbitrariamente y a que se coloque ante cada periodo, como un centinela, el número de un año, el historiador no puede prescindir nunca de un punto de apoyo semejante.

La necesidad que nos impulsa a la periodización es iluminar la oscura trama de los fenómenos históricos, comprender y ordenar la madeja de las relaciones históricas. La periodización nace del conocimiento más profundo de los acontecimientos históricos. Todas las afinidades ponen también de manifiesto lo distintivo de las partes. Ni Herodoto, ni Tucídides sintieron nunca el impulso de dirigir una mirada totalizadora. "La historia como totalidad rara vez le interesa al historiador."[16] No debemos confundirla con el concepto de historia total, propuesto por Braudel, quien combinó el estudio de la larga duración "con el estudio de la compleja interacción del ambiente, de la economía, de la sociedad, de la política, de la cultura y de los acontecimientos" en una historia "total".[17]

Daniel Cosío Villegas decía que la comprensión de lo histórico en ninguna parte se pone de manifiesto como en la elección de las secciones del tiempo; en ninguna parte el historiador puede demostrar tanto como aquí si sólo se quedó en la exterioridad o en la superficie del suceder, o si ha penetrado más hondamente en la esencia de una época. Wilheim Bauer afirmó que en la periodización es donde se puede mostrar si alguien "es un pedante, un ratón de biblioteca, un burócrata de la historia, o si, realmente, es un historiador".[18]

EL PERIODO Y LOS PRINCIPIOS PARA UNA PERIODIZACIÓN

Retomemos el concepto de etapa o periodo que produce el tiempo largo, ya que el tiempo, por su propia naturaleza, es un continuo y un cambio perpetuo.

[15] Retomo las opiniones de mis maestros Luis González y Daniel Cosío Villegas, que expresaron en sus cursos del programa del doctorado en Historia en el Colegio de México de 1969 a 1971.

[16] González, *op. cit.*, p. 51.

[17] Burke, *La revolución* ..., p. 47.

[18] Wilheim Bauer, *Introducción al estudio de la historia*, Barcelona, Bosch Casa Editorial, 1957, p. 139.

Pensemos en dos etapas o periodos sucesivos y preguntemos qué los puede unir y qué diferencias, nacidas de la propia duración, hay entre ellos. También habría que considerar si el conocimiento del periodo más antiguo es necesario o superfluo para el conocimiento del más reciente. La vida histórica forma un engranaje y enlace de relaciones múltiples, de las cuales unas invaden a las otras, engranaje de tal manera estrecho que los fundamentos de división no se pueden distinguir en ninguna parte con claridad.

Al proceso de la separación cronológica se le llama *periodización* y a los espacios de tiempo, limitados por ese proceso, *periodos*. Carlos M. Rama utiliza la definición propuesta por Karl Johan Newmann, para quien el periodo histórico es el espacio de tiempo bien individualizado de la vida histórica que, por su contenido y sustancia, se liga en una unidad, y que justamente por ello se destaca del que lo precede o lo sigue.[19]

Wilheim Bauer, Carlos M. Rama y José Gaos[20] sugirieron ciertos principios para hacer una periodización. Hablaban de que cada periodo debe ser deducido de su objeto, es decir, de los hechos históricos mismos o de las concepciones de la época que abarca. No debemos llevar nuestro propio concepto a la caracterización de un periodo histórico. No hay que negar tampoco que el historiador impone elementos subjetivos. Herder recomendaba "juzgar a las personas y el estado de cosas según aquellas reglas que ofrece su propio tiempo". Se debe pensar en la división de un modo objetivo hasta donde sea posible.

Todo periodo debe constituir un conjunto naturalmente bien delimitado y configurado en sí mismo, que se distinga del que le precede y del que le sucede, aunque su unidad interior es una exigencia muy difícil de conseguir. No es fácil dilucidar qué puntos de vista son decisivos para la unificación, ni cuáles son los indicados para la distinción de los periodos. Se pide que deben ser de naturaleza uniforme y que no debe fundamentarse la división de un periodo en los hechos jurídico-políticos, y la de otro, en los cambios histórico-culturales o económicos, ya que la base para la distinción debe ser el mismo para ambos.

En la periodización coopera la interpretación de los hechos que haga el historiador o la concepción que tenga del mundo. Carr ha dicho que "los prejuicios del historiador pueden ser juzgados por las hipótesis que adopta,

[19] Carlos M. Rama, *Teoría de la historia. Introducción a los estudios históricos*, Buenos Aires, Nova, 1959, p. 176.

[20] José Gaos, "Notas sobre la historiografía", *Historia Mexicana*, vol. IX, núm. 4, abril-junio, 1960, pp. 481-508.

entre ellas la periodización". Edmundo O'Gorman le llegó a decir a Wigberto Jiménez Moreno en una reunión de historiadores, en 1969, cuando discutían investigaciones sobre historia regional que planteaban periodizaciones distintas a las de la historia nacional: "Si usted es católico por qué no periodifica antes de la Virgen de Guadalupe y después de la Virgen de Guadalupe".

Primero hay que fijar las características del periodo y después sus límites, que dependen, en particular, del devenir histórico. No hay que preestablecer la duración y el nombre del periodo, porque sólo raras veces pueden ser descubiertos, con cierta certeza, el punto de partida y el término de un proceso. No se debe exagerar el concepto de periodo con una imposición de límites definidos ni con una sobreestimación de su unidad, por lo tanto no hay que darle límites muy precisos.

Los métodos de periodización

Luis González nos enseñó en 1969 (en un curso sobre teoría y método de la historia) que los métodos de periodización se podrían reducir a dos grupos: los nomotéticos, cuando el historiador parte de la existencia de leyes históricas para hacer los periodos, y los ideográficos, cuando se basa en la observación directa de los cambios para determinarlos.

En el primer grupo habría que distinguir los métodos cíclicos cuando la división del acontecer histórico se hace en periodos de cierto número de años, que acabados se vuelven a contar de nuevo. Estos métodos pueden ser exoculturales si los ciclos se dan en la naturaleza y están determinados por los sismos, las manchas solares o las mareas. Este "tiempo cíclico que se puede observar en la sucesión de las estaciones y no en el paso de los años" fue llamado "tiempo ecológico" por el antropólogo Edward Evans-Pritchard.[21]

También se habla de métodos cíclicos endoculturales si las divisiones se hacen con base en las características culturales o en las crisis económicas. Dentro del primer grupo estarían los métodos isocrónicos, cuando las divisiones se basan en tiempos de igual duración. Este método se ha utilizado para la división por generaciones.

En el segundo grupo igualmente estarían los de carácter exocultural si se toma de referencia para dividir ya sea una epidemia o una catástrofe demo-

[21] Gwyn Prins, "Historia oral", en Peter Burke (edit.), *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza Universidad, 1993, p. 159.

gráfica, y los de carácter endocultural si se divide con base en cambios políticos, económicos, culturales, etcétera. Esta sería la más racional porque ofrece mayores elementos de objetividad. Asimismo, hay métodos ideográficos de carácter heterogéneo.

EL MÉTODO DE LAS GENERACIONES

Al hablar de los principios y los métodos de periodización es necesario referirse a la división por generaciones, cuya idea nació para dar al periodo un sentido totalmente objetivo, ya que éste no sería una abstracción, sino algo tan vívido y real como lo es un conjunto de personas de igual edad estadística. Se eligió la generación como unidad histórica de tiempo sin tomar como base el término medio de duración de la vida del hombre, sino la época de su actividad determinada por leyes. Se pensaba que "la vida histórica comienza por término medio a los treinta años y termina entre los sesenta y los setenta". Se suponía que cada generación tiene sus propios fines y una conducta histórica singular.

La teoría de las generaciones nació en la mente de Antoine Augustin Cournot y ha sido utilizada por los historiadores. El concepto humano vivo de las generaciones tiende a sustituir los periodos seculares. Una generación da a luz a otra, tres generaciones llenan casi un siglo; un abuelo, quien florece de 1500 a 1530, pasa a su hijo, quien se desarrolla de 1530 a 1560, un tesoro de tradiciones y experiencias en parte heredadas, en parte aumentadas por él, y el hijo en turno transmite el balance de su herencia y adquisiciones al nieto, quien abarca la generación de 1560 a 1590. Luego un nuevo ciclo empieza con las tres generaciones del siglo XVII que suceden a las del XVI.

Se discute que esto no se pueda aplicar en todo el mundo, tal vez puede operar dentro de una nación. Un francés podrá sentirse capaz de contrastar las dos generaciones de 1660 y 1690, la de Pascal y la de Fontenelle. ¿Pero esas generaciones se parecen a sus contemporáneas, por ejemplo, las alemanas o las inglesas? ¿Estos conceptos se pueden extender a toda la historia universal e incluso, en su momento, a toda la vida histórica?

El tema de la periodización se plantea dentro de la historia universal, de las historias nacionales, de las particulares o de un sector de la realidad histórica.

LOS PERIODOS DE LA HISTORIA UNIVERSAL

Una de las grandes consecuencias de la conquista de Alejandro el Grande fue el surgimiento de la conciencia de historicidad, que originó un sistema de periodización para la historia universal.

Un principio de división helenístico produjo la tesis de las cuatro monarquías del mundo que se han sucedido una a otra (el imperio asirio-babilónico, el imperio medo-persa, el imperio greco-macedónico y el imperio romano). Esta doctrina fue completada por San Jerónimo, con base en el sueño de Nabucodonosor del libro del profeta Daniel, e identificó el último de los cuatro imperios profetizados por Daniel, el de "hierro", con el imperio romano y le atribuyó eterna duración. La tesis de las cuatro monarquías, por su asociación con la Biblia, logró la fuerza de un artículo de fe y dominó hasta el siglo XVII.

La división tripartita en Edad Antigua, Edad Media y Edad Moderna, criticada en todas partes y sin embargo siempre utilizada, de tanta importancia y resonancia en los estudios históricos, surgió del espíritu del humanismo, que, en relación con los estudios clásicos, planteó el concepto de Renacimiento como algo opuesto y distinto de la Edad Media y asimilable en algunos aspectos a la Antigüedad Clásica.

El Renacimiento vio en los siglos que siguieron al imperio romano una época de ocaso y barbarie; creía pertenecer a un tiempo moderno que parecía estar llamado a suscitar de nuevo el esplendor y magnificencia de la humanidad. La división tripartita introdujo una época de decadencia, la Edad Media, entre la Antigüedad y el Renacimiento. La expresión *media aetas* se admitió desde el siglo XV, pero no fue empleada para significar la división en tres periodos sino hasta el siglo XVII.

Esta división sustituyó poco a poco la teoría de las cuatro monarquías y fue una manera estético-filológica de considerar las cosas: a la Antigüedad se le veía como una época de vida, a la Edad Media de muerte y a los Tiempos Modernos un renacimiento.

Historiadores como Henri Berr y Lucien Febvre opinaron que no había necesidad de eliminar los viejos conceptos tan en uso de Antigüedad, Edad Media y Tiempos Modernos, que por dominar la tarea de los estudiosos habían adquirido valor práctico. Para Benedetto Croce, la criticada clasificación tripartita no era producto del arbitrio individual, sino que había acompañado el desarrollo mismo de la conciencia moderna.

Unos historiadores han entendido los Tiempos Modernos desde el Renacimiento, en el siglo XVI, hasta nuestros días. En Francia a los tres periodos

para la historia universal se ha agregado el de época contemporánea, pues la costumbre ha establecido que la historia moderna se detenga en 1789. En relación con los siglos históricos también se han presentado incertidumbres, el siglo XVII lo han prolongado hasta 1715 y el XVIII hasta 1815. En todo caso lo que pretenden los historiadores es lograr una mejor exposición.[22]

LOS PERIODOS DE LA HISTORIA DE MÉXICO

En *El oficio de historiar*, Luis González se refirió al problema de la periodización en la historia de México, que coincide con la de Hispanoamérica en general: época precortesiana, época española y época independiente, así como una división tripartita, también criticada por muchos historiadores e igualmente usada por todos.[23]

En relación con la periodización que se empleó en la *Historia moderna de México*, Daniel Cosío Villegas explicó, en 1970, que se respetaron dos periodos, uno de diez años, el de la República Restaurada, que va de 1867 a 1877 y otro de 34 años, el del porfiriato de 1877 a 1911, porque se basaron en tres supuestos: si la vida nacional "moderna" tuvo rasgos propios suficientes para distinguirse tanto de la anterior a 1867 como de la posterior a 1911; si la República Restaurada presentó caracteres propios para diferenciarse del porfiriato, y si, al mismo tiempo, la República Restaurada poseía rasgos comunes con el porfiriato para integrar la historia moderna de México, que a su vez contrasta con el de la historia contemporánea que empieza con la Revolución mexicana.

El método de periodización de la historia de México por generaciones fue utilizada por Wigberto Jiménez Moreno, quien la dividió en 27 generaciones del siglo XVI al XX "con duración aproximada de quince años" cada una.[24] En cuanto a la Revolución mexicana, solía hablar de cuatro generaciones: la criticona, la revolucionaria destructiva, la revolucionaria constructiva y la científica.

[22] Robert Schnerb, "El siglo XIX. El apogeo de la expansión europea (1815-1914)", en Maurice Crouzet (dir.), *Historia general de las civilizaciones*, vol. VI, Barcelona, Ediciones Destino, 1960.
[23] González, *op. cit.*, pp. 52, 53.
[24] *Ibid.*, pp. 53, 54.

La periodización ideográfica

Mi primera experiencia en cuanto a un método de periodización fue el que practiqué en la investigación sobre la historia de la educación en Guadalajara durante la época colonial. Antes de "preestablecer la duración y el nombre de los periodos", Alejandra Moreno Toscano me recomendó "descubrir los caracteres" de los periodos y "después sus fronteras". Para conseguir esto ordené cronológicamente todas las instituciones educativas establecidas en Guadalajara desde las escuelas de castellano (1552) hasta la primera escuela municipal (1821), y después señalé en una gráfica la duración de cada institución, lo que permitió detectar tres periodos con características comunes que se distinguían uno del otro y que bauticé con el nombre de la característica sobresaliente: "Primeros esfuerzos", que va de 1552 a 1696, en el que se fundaron escuelas de castellano para los indios, colegios para los niños y estudios para la formación del clero regular y secular; "Expansión", que abarca de 1696 a 1779, cuando se establecieron tres beaterios y colegios para niñas y dos colegios seminarios; "Configuración", de 1779 a 1821, en el que Guadalajara llegó a contar con un "sistema educativo" que comprendía escuelas de primeras letras, dos colegios femeninos, dos colegios seminarios y la Real Universidad.

Al utilizar una periodización ideográfica me basé en lo recomendado por José Gaos: "El historiador ha de cuidarse de que los marcos en que encuadre su materia no los imponga a ésta desde un antemano extrínseco a ella, sino que sean sugeridos por la articulación con que lo histórico mismo se presenta".[25]

Conclusión

Por mi propia experiencia puedo decir que la periodización que el historiador diseñe y utilice se basará en la conciencia histórica de él mismo, porque la interpretación la condiciona, y tendrá, más que nada, un valor práctico e inmediato para facilitar la investigación, ya que no es un hecho, pero sí una hipótesis necesaria.

En cuanto a las soluciones que el historiador adopte, cuando tenga algún problema de periodización, dependerán de su apertura hacia los retos que

[25] Gaos, *op. cit.*, p. 501, citado por González, *op. cit.*, p. 55.

planteaba Braudel, superará la historia tradicional del acontecimiento, de los individuos, para emprender una historia de la larga duración. Si el historiador acepta el reto, llegará a cambiar de actitud y concebirá en otra forma lo social. Utilizará el concepto de estructura que exige la larga duración. Tal vez llegará más lejos y podrá descubrir que a la historia social actualmente le interesan más las prácticas que las estructuras, ya que una práctica específica puede ayudar a entender mejor las relaciones y tensiones que atraviesan a toda la sociedad.